

Un milagro

Margarito Duarte, un colombiano, acaba de llegar a Roma con una curiosa maleta de pino lustrado¹ que se parece al estuche de un violonchelo². Lo acogen dos compatriotas : el tenor Ribero Silva y el narrador.

1. en pin ciré
2. l'étui d'un violoncelle
- 3 écrivain public
4. en donnant le jour
5. (fièvre de origen desconocido).
6. = *desplazar*
7. un barrage
8. poussière
9. *destapar*, soulever le couvercle
10. ici, le cercueil
11. ici, le parfum
12. étonnant
13. *carecer* : être dépourvu
14. le miracle.
15. = *el pueblo*
16. indubitable
17. l'évêque
18. ni du simple domaine
19. une affaire
20. (quartier de Rome)
21. cadenas
22. le couvercle de la splendide malle
23. flétrie
24. en robe de mariée
25. séjour
26. tiède
27. Le satin et les fleurs d'oranger

Margarito Duarte no había pasado de la escuela primaria, pero su vocación por las bellas letras le había permitido una formación más amplia con la lectura apasionada de cuanto material impreso encontraba a su alcance. A los dieciocho años, siendo el escribano³ del municipio, se casó con una bella muchacha que murió poco después en el parto⁴ de la primera hija. Ésta, más bella aún que la madre, murió de una fiebre esencial⁵ a los siete años. Pero la verdadera historia de Margarito Duarte habfa empezado seis meses antes de su llegada a Roma, cuando hubo que mudar⁶ el cementerio de su pueblo para construir una represa⁷. Como todos los habitantes de la región, Margarito desenterró los huesos de sus muertos para llevarlos al cementerio nuevo. La esposa era polvo⁸. En la tumba contigua, por el contrario, la niña seguía intacta después de once años. Tanto, que cuando destaparon⁹ la caja¹⁰ se sintió el vaho" de las rosas frescas con que la habían enterrado. Lo más asombroso¹², sin embargo, era que el cuerpo carecía¹³ de peso.

Centenares de curiosos atraídos por el clamor del milagro¹⁴ desbordaron la aldea¹⁵. No había duda. La incorruptibilidad del cuerpo era un síntoma inequívoco¹⁶ de la santidad, y hasta el obispo¹⁷ de la diócesis estuvo de acuerdo en que semejante prodigio debía someterse al veredicto del Vaticano. De modo que se hizo una colecta pública para que Margarito Duarte viajara a Roma, a batallar por una causa que ya no era sólo suya ni del ámbito estrecho¹⁸ de su aldea, sino un asunto¹⁹ de la nación.

Mientras nos contaba su historia en la pensión del apacible barrio de Parioli²⁰, Margarito Duarte quitó el candado²¹ y abrió la tapa del baúl primoroso²². Fue así como el tenor Ribero Silva y yo participamos del milagro. No parecía una momia marchita²³ como las que se ven en tantos museos del mundo, sino una niña vestida de novia²⁴ que siguiera dormida al cabo de una larga estancia²⁵ bajo la tierra. La piel era tersa y tibia²⁶, y los ojos abiertos eran diáfanos, y causaban la impresión insoportable de que nos veían desde la muerte. El raso y los azahares²⁷ falsos de la corona no habían resistido al rigor del tiempo con tan buena salud como la piel, pero las rosas que le habían puesto en las manos permanecían vivas. El peso del estuche de pino, en efecto, siguió siendo igual cuando sacamos el cuerpo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, Doce cuentos peregrinos, 1992.